

# ECOS NUEVOS DE UN VIEJO POEMA

José M.<sup>a</sup> Fornell S. I.

*Hace diez años una muchacha católica de Kansas City iluminaba con un rayo de esperanza la vida amenazada de millares de combatientes. Con su poema Conversión —para muchos primer Encuentro— los ponía en contacto con el Padre que está en los Cielos ofreciéndonos su Casa siempre abierta (1).*

*Hace veinte siglos otra niña, la Virgen de Nazaret, hizo posible ese poema con su himno a la Redención. Quiera Dios que el viejo Magnificat nos traiga hoy, con ecos nuevos, el eterno mensaje de la fraternidad humana en el divino Redentor.*

**E**n la Capilla Borghese de Santa María la Mayor veneran los Romanos una pulcra imagen de la Virgen, atribuida desde hace siglos al pincel de S. Lucas.

Y no sin fundamento. Porque esa Virgen serena y maternal, de mirada limpia y lejana, presenta un notable parecido con la Doncella que nos describe el tercer Evangelio.

Pero si no fue S. Lucas el autor del cuadro —que no puede remontarse más allá del siglo III— sí ha sido él el inspirador de casi toda la iconografía mariana.

Exceptuando las Dolorosas, que tienen por padre a S. Juan, todas las demás imágenes de María pueden llevar como lema un texto de S. Lucas. Con razón ha llamado alguien a sus primeros capítulos el *Evangelio de la Virgen*.

## Obras maestras

Dentro de este Evangelio destacan, bellamente dramatizados, tres cuadros marianos magistrales.

En el primero habla Nuestra Señora con el ángel, embajador de Dios. En el segundo con Isabel, la madre del Bautista. En el tercero con su propio hijo Jesús, después de una ausencia dolorosa.

El segundo cuadro es quizás, por fuera, el de menos trascendencia. Pero lo vamos a

contemplar más detenidamente, porque en él nos revela la Virgen, a plena luz, los sentimientos más íntimos de su alma.

## Visitación

Entra María en casa del Bautista y saluda a Isabel: «La paz sea contigo». Fórmula de cortesía que se hace sacramental: la paz de Dios, la gracia del Espíritu Santo inundan a la madre y al hijo.

Juan brinca de gozo en el seno de Isabel. Y aprende de su madre a bendecir y profetizar.

Porque Isabel dice en voz alta —tan alta que todavía resuena—: «*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre... ¿Quién soy yo para que venga a visitarme la Madre de mi Señor? Pues he aquí que apenas sonó en mis oídos la voz de tu saludo, dio saltos de alborozo el niño en mi seno... ¡Feliz la que ha creído*» en las promesas de lavé! (Lc 1 39-45).

Y Juan dirá más tarde: *Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo... ¿Quién soy yo para que vengas a ser bautizado por mí?... El amigo del Esposo se tiene por feliz con oír su voz...*» (Jn 1 92; Mt 3 14; Jn 3 29).

El corazón de María, henchido de amor y gratitud desde la embajada del ángel, rebosa ahora con esta avenida de bendiciones. Y se desborda en un torrente de lirismo, difícil-

(1) Proyección, n.º 1. Mayo 1954. pag. 31

mente contenido por las márgenes del *Magnificat*.

### La nota dominante

Aunque algo lejos todavía de nuestra vida cotidiana, se estima hoy, afortunadamente, como supremo valor de la cultura, la superación del egoísmo, el espíritu social, la dedicación a los demás.

Y ésta es sin duda alguna la nota dominante del cántico de la Virgen.

Tiene que reconocerse elegida de Dios, prodigio de su Omnipotencia, objeto de las bendiciones de toda la humanidad. Pero su inspiración se abre inmediatamente, con sencillez maravillosa, en círculos cada vez más amplios.

De tal manera que en los primeros versos de la segunda estrofa, desaparece ya por completo toda alusión reflejamente personal. Se vacía en Israel y en toda la historia humana.

Sin perder el eco de esta nota fundamental, intentemos captar algún motivo nuevo en cada uno de los cuatro compases.

### Optimismo y humildad

Mi alma engrandece al Señor,  
y mi espíritu exulta de alegría  
en Dios, mi Salvador;  
porque se ha fijado en la pequeñez  
de su esclava.

Frente a la loca alegría de nuestro mundo —máscara de su angustia— nos descubre la Virgen el gozo sereno de su alma jubilosa.

Y es precisamente la humildad, la pequeñez gozosamente reconocida por la esclava, la que atrae las miradas del Señor.

Y tras los ojos, el corazón. Dios se enamora de su humildad y toma también «*forma de esclavo*», haciéndose Hijo de la esclava, para revelar por este medio su inefable Palabra divina en humana abreviatura de carne.

Todo esto lo expresa María, santificando la frase eterna del triunfo femenino: «*Dios me ha mirado*».

### El himno de la Redención

Sí.  
He aquí que desde ahora me felicitarán  
todas las generaciones:  
pues ha hecho en mi favor maravillas  
el que es Omnipotente;  
y su nombre, Santo;  
y su Misericordia por los siglos de los  
siglos para los que Le veneran.

Del abismo de su insignificancia vuela la Virgen al éxtasis más elevado.

Se le descorren los atributos más íntimos de Dios. Y se pierde en esa trinidad de cualidades, reflejo de la Trinidad de Personas.

La Omnipotencia del Padre que, al realizar la Unión Hipostática, juntó en Ella la virginidad más pura con la maternidad más fecunda. La Santidad del Espíritu que la cubrió con su sombra. Y la Misericordia del Hijo que bajó a su seno.

El «*fecit mihi*» de esta segunda estrofa lo yuxtapone el P. Bover al «*fiat mihi*» de la Anunciación (2).

Y, a mi juicio, penetra por este camino en la entraña misma del *Magnificat*. Porque el *Magnificat* es, ante todo, el himno de la Redención. De *nuestra* Redención más bien que de *su* divina maternidad.

El «*fiat*» como consentimiento lo formuló María una sola vez, en la alegre mañana de la embajada angélica. Pero el «*fiat*» como súplica, como oración humilde y ardiente, lo había rezado sin cesar durante toda su vida. Lo había cantado a coro con el Profeta: «*Destilad, cielos, el rocío. Lloved, nubes, la gracia. Abrase la tierra y germine la salvación...*» (Is 45 8).

Inmersa en estos sentimientos, es indudable que la Virgen —al consentir— pensaba menos en su Maternidad —Ella, la esclava— que en nuestra Redención. Y paralelamente, al decir ahora «*fecit mihi*», más que a la gloria de su Maternidad, se refiere sin duda a su función de Corredentora.

### Preludio del Sermón del Monte

Despliega el poder de su brazo  
y reduce a polvo a los que se engríen  
con los proyectos del corazón;  
destrona a los poderosos

(2) Estudios Eclesiásticos, 1945. pag. 39

y exalta a los humildes;  
a los pobres colma de bienes  
y despide a los ricos con las manos vacías.

Quizás no esperábamos en el Magnificat una lección de Teología de la Historia. Pero la tenemos completa en la tercera estrofa.

Es la lección suprema de la Providencia. Los versos que la forman parecen un avance del Sermón de la Montaña. Es como si Jesús tuviera prisa por pronunciarlo, y nos diese un prelude por boca de su Madre.

De estos versos dice Mons. Fulton J. Sheen: «El Comunismo se jacta de ser revolucionario. Pero para el cristiano no lo es suficientemente. El documento más revolucionario que se haya escrito, no lo redactó Ricardo Wagner o Karl Marx, sino nuestra bendita Madre, que en el Magnificat habló ya del derrocamiento de los reinos políticos y sociales: *El destrona a los poderosos y exalta a los humildes; a los pobres colma de bienes y despide a los ricos con las manos vacías*» (3)

No olvidemos, sin embargo, la diferencia esencial de ambos sistemas revolucionarios.

El Evangelio enseña el *amor* a los pobres y la *estima* de la pobreza. (Los Hechos de los Apóstoles describen el comunismo blanco, hijo de esta doctrina).

Das-Kapital incita al *odio* a los ricos, *supervalorizando* la riqueza. (No hay lógica. Y el engendro ha sido un comunismo rojo, que sacrifica a sus mismos progenitores).

### De nuevo la misericordia

Acaba de tomar ahora en sus brazos  
a Israel su siervo,  
acordándose de su misericordia

—como lo había prometido a nuestros  
[padres.  
a favor de Abraham y su descendencia por los  
[siglos... (Lc 1 46-55).

En la última estrofa del Magnificat vuelve la Virgen de sus alturas místicas y recuerda

(3) El Comunismo y la conciencia occidental.  
pag. 91.

de nuevo que ha comenzado ya —a la sombra de su propio corazón— la obra redentora.

El Verbo se ha encarnado en Ella, cumpliendo su palabra y acordándose de su Misericordia para con los hijos de la Promesa.

Se ha cerrado el paréntesis de la Ley. La fe de Abraham empalma con la fe de María. Y la promesa se convierte en realidad.

Esta es toda la razón de ser de la Mujer más amable de la Historia. Por eso S. Pablo fundamenta toda la Mariología con su única frase mariana: «*Y cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios de junto a sí a su propio Hijo, hecho hijo de Mujer, y sometido a la ley, a fin de que recobrásemos la filiación adoptiva*» (Gal 4 4).

### La segunda oración del cristiano

Al terminar este breve comentario al más bello poema de la Biblia, ¿quién no sueña con escucharlo algún día de los mismos labios de la Virgen?

Pero entre tanto, bien merece que lo meditemos despacio, que lo gustemos internamente. Y para eso, que lo incluyamos entre nuestras oraciones más usuales y preferidas, como lo hace la Iglesia al ordenar que los sacerdotes lo recen todos los días en la Hora más solemne del Oficio Divino.

En el *Padre Nuestro* tenemos todo lo que debemos pedir a Dios. Y en el *Magnificat* todo lo que debemos agradecerle.

Si el Padre Nuestro es nuestra primera oración porque lo compuso Cristo a petición de los Apóstoles, el Magnificat debe ser la segunda porque fue el mismo Cristo quien, silenciosamente, se lo dictó a Nuestra Señora.

